

BREVE PROGRAMA PARA UNA INICIACIÓN AL CANTO*

Al escribir, e independientemente del valor de lo que escribo, tengo a veces la vaga consciencia de que contribuyo, ya sea modestamente, al perfeccionamiento de esta tierra donde un día nací para en ella morir otro día para siempre. Doy palabras como los árboles dan frutos, aunque de una forma poco natural y hasta antinatural por cuanto, siendo como es la poesía una forma de cultura representa una alteración, un desvío e incluso, una violencia ejercidos sobre la naturaleza. Mas, al escribir doy a la tierra, que es todo para mí, un poco de lo que es de la tierra. En ese sentido, escribir es morir un poco, anticipar el regreso definitivo a la tierra.

Escribo como vivo, como amo, destruyéndome. Suicidándome en las palabras. Violándome. Altero un orden, una armonía, una paz que, más que paz invocada como instrumento de opresión, mas que paz de los cementerios, es la paz, la armonía de los desfiles militares, de la concordia doméstica, de las instituciones de beneficencia. Al escribir, me mato y mato. La poesía es un acto de insubordinación en todos los niveles, desde el nivel del lenguaje como instrumento de comunicación hasta el nivel del

conformismo, de la connivencia con el orden, con cualquier orden establecido.

El poeta debe sorprenderse y sorprender, recusarse como institución, huir de la integración, de la jubilación que, incluso, personas y grupos en apariencia progresistas intentan imponerle sutilmente, nada más cumplir los treinta años. Abajo el oportunismo, la demagogia, sea el pretexto que fuese. El poeta debe desconfiar de los aplausos, del éxito, debe incluso abominar de lo que escribió una vez ha sido escrito. En una sociedad donde casi todos, de casi todos los sectores, tratan de situarse lo más pronto posible, permaneciendo fieles a la imagen que de sí mismos crearon personalmente u otras personas, el poeta se denuncia y denuncia, introduce la intranquilidad en las conciencias, en las corrientes literarias o ideológicas, en el orden público, en las organizaciones patrióticas o en las patrióticas organizaciones.

Escribir es desconcertar, perturbar y, en cierta medida, agredir. Alguien se encargará de institucionalizar al escritor: los amigos, los compatriotas, los compañeros de lucha, incluso, aquellas personas o cosas que abominó y a las que combatió. Acabarán por

encontrarle coherencia, evolución armoniosa, ajuste a una tradición. Se servirán de él, utilizándolo, homenajeándolo. Saben que así lo conseguirán callar, amordazar, reducir.

Claro que hablo del poeta y no del poetastro, del industrial, del comerciante de poemas, del promotor de la venta de las palabras que profirió. Hablo del hombre que nunca reposa sobre lo que escribe, que rechaza servirse de sí y servir, que constantemente se subleva.

Hablo del hombre que, hombro con hombro con los oprimidos, empuñando la palabra como una azada o como un arma, encuentra o, al menos, trata de hallar en el lenguaje un perfil para el silencio que hay en el viento, en el mar, en los campos.

El poeta, sensible y aun más sensible que los otros hombres inmola el corazón a la palabra. Huye de la autobiografía, intenta evitar a toda costa la vida privada. Ay de aquel que no baje a la calle, que no se ensucie las manos con los problemas de su tiempo, mas, ay también de él si, sin esperar por una inmortalidad rotundamente incompatible con su condición mortal, no tenga siempre los ojos puestos en el futuro, en el día de mañana, cuando haya más justicia, más belleza sobre esta tierra bajo la que yacerá, finalmente tranquilo, finalmente pacífico, finalmente adormecido, finalmente señor y súbdito del silencio que en vano intento aprehender con palabras, finalmente disponible no ya tanto para el sonido de las campanas como para el sonido de los cascabeles y cencerros de los animales que comen la hierba que puede crecer en el suelo que el, pudriéndose, abonó con su cuerpo merecidamente muerto y sepultado.

(*) Breve programa para una iniciación al canto es el prólogo incluido por el autor a su libro *Transporte no tempo*, publicado el año 1973 por Moraes Editores en Lisboa, dentro de su colección *Círculo de Poesía*. En esa misma colección, un año antes, había sido publicada la segunda edición de otra de los libros de Rui Belo, *Aquele Grande Rio Eufrates*. Ambas obras constituyen acaso, la más significativa aportación de Belo a la

importantísima poesía portuguesa de este final de siglo. En la introducción que Fernando Pinto Do Amaral hace a la edición en Editorial Presença se afirma que en las páginas de *Transporte no tempo* queda reflejada de forma particularmente conseguida el universo del autor. Breve programa forma parte -en su caso, como texto de reflexión- de esta visión "siempre fiel a las corrientes y contracorrientes de un lento aprendizaje

del amor, de la OLEDAZ y de la muerte" (Pinto Do Amaral, 1997).

Ruy Belo desarrolla su obra literaria a partir de los años iniciales de la década de los sesenta hasta su temprana muerte, acaecida en 1978. Junto a los citados *Aquele Grande Rio Eufrates* y *Transporte no tempo*, destacan entre sus libros de poesía *O problema da habitação - Alguns Aspectos*, *Boca Bilingue* y *A margem da Alegria*.